

LA POLÍTICA SIN CUERPO

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Diego Milos
10 de abril 2019

Creo que es la inmaterialidad de las relaciones sociales lo que nos obliga a preguntarnos en qué anda la política. Y con la tesis de que *no puede haber política sin cuerpo* (una tesis más que un llamado, no se trata de levantar las banderas del cuerpo), yo entiendo que lo que comúnmente se entendía por política se está deshaciendo.

De hace mucho tiempo (desde los 90, o desde los 70) la política chilena goza de mala salud, y en el momento justo en que la ciudadanía podría haberse activado (movilizaciones del 2010, surgimiento del FA, una mejora significativa en la educación de las clases medias, etc.) me da la sensación de que todo se desmorona, y que esto no se debe solamente a las condiciones políticas, sino a transformaciones sociales más amplias, mundiales, tecnológicas.

Hoy en día una persona puede ver físicamente a dos o tres más en un día y conversar con otras 18 a través de las redes sociales (ver al respecto Houllebecq, Serotonina). Nadie puede decir que esa persona no tiene un mundo social, solo que ese mundo social es impersonal, si definimos a la persona humana de manera clásica (occidental, griega): rostro, voz y nombre.¹

Los tres elementos reconocibles de la persona y que tienen que ir necesariamente juntos. Si no, no hay persona.

Para mí, la gran revolución de las tecnologías de comunicación interpersonal es eso, la disociación de esos tres elementos. El rostro es remplazado por una foto (súper retocada), la voz es remplazada por la escritura rápida y el nombre da un poco lo mismo, muchas veces uno interactúa con nombres que pueden no ser verdaderos (*bots, trolls*) o que corresponden a una persona que uno no conoce.

No está esto que había antes y que era necesario en cualquier encuentro personal: “Hola soy Diego y, usted cómo se llama?”. Eso dejó de ser el vínculo social común y corriente.

¹ Nótese que se trata también de los tres focos adonde ataca el racismo: la cara, el apellido y la pronunciación, como sucede con otras formas de discriminación.

Y cambian las formas de seducir, de generar deseo ante una imagen (disociada del cuerpo... ahora se pueden tener relaciones sexuales sin cuerpo, etc.), y la cortesía, los protocolos, las formas de saludar, de tomar la palabra, y cosas que en realidad desconozco pero sé que existen porque está esa disociación de la persona.

Esta nueva circunstancia tecnológica le agrega complicación a algo que ya era complicado, y que a mi juicio no ha sido evaluado en toda su importancia, y es la diferencia generacional. El período de la UP, por ejemplo, siempre es tratada como un conflicto de clase (capitalista/obrero, terrateniente/campesino), y se nos olvida que el promedio de edad de los militantes de izquierda era de 15 años, el de la DC era de 40 y el del PN debe haber sido de 60 años. Y que Allende era un abuelito que llega al poder a los 62 años. (Ya sabemos las consecuencias que eso trajo: los termocéfalos juveniles radicalizaron el programa de gobierno y el asunto se fue de las manos...).

Bueno, a esa variable política “natural” de los grupos etarios, se agrega esta otra de que las nuevas generaciones crecieron en un entorno social completamente diferente, en el que construyen su identidad en función de millones de referentes (cada tatuaje y cada cambio de peinado es una pequeña bandera individual identitaria, o de búsqueda identitaria).

Evidentemente, las convergencias se vuelven más difíciles, y con ello también la política, entendida, de manera muy general, como el espacio donde los individuos toman decisiones colectivas en nombre de algún bien común o valor humanitario.

Política y carisma

¿Por qué la imagen de la libertad política guiando al pueblo en el famoso cuadro de Delacroix está representada por la imagen de una mujer desnuda?

Es cómo la imagen pura del sensualismo. ¿No?

La libertad, encarnada en un cuerpo semidesnudo, guiando a la multitud. A la multitud física, que tiene hambre, que se organiza (de manera muy imperfecta) y que va y le corta físicamente la cabeza al rey de Francia y con eso funda la modernidad política.

“Un rey nace para gobernar y para que deje de gobernar debe morir”, creo que fue la frase de Saint-Just, el joven aliado de Robespierre. Es un origen muy corporal, me parece. Y una historia que terminó pésimo, con todos los líderes revolucionarios en la guillotina (salvo Marat que fue asesinado en la tina, como lo retrata el pintor Jacques-Louis David, con una sugerente imagen de política con cuerpo pero sin vida), con la monarquía de regreso y con Napoleón invadiendo Europa y el norte de África.

Pero el punto en el que me quiero detener es en el de la seducción, la seducción_ como un fenómeno de aglutinación colectiva, y en la fuerza de esa aglutinación, es decir, hasta dónde llega. Cuánto es capaz de movilizar, es o no capaz de organizar a esos grupos y hacia dónde.

Creo que, en ciertas figuras de la izquierda del siglo XIX puede verse con bastante claridad este fenómeno, independientemente del acierto o desacierto de sus respuestas. Mirarlas ahora, con el paso del tiempo, es útil, creo yo, para diferenciar bien esta nueva política sin cuerpo; es de algún modo lo que quedó atrás en el siglo XX.²

Quisiera citar el retrato verbal que hace el fotógrafo chileno Luis Poirot en una entrevista concedida a Daniel Hopenhayn, para la revista *The Clinic*, en 2017, donde muestra muy claramente la dimisión corporal e interpersonal de la acción política. Poirot fue encomendado por Allende para cubrir la gira de Fidel Castro por Chile, tarea que le pareció “una lata”, hasta que comenzó a observar su comportamiento en detalle:

“en terreno entendí la dinámica de Fidel, que era fascinante. Él llegaba a un lugar y primero lo recorría toda la mañana, haciendo preguntas. Preguntaba todo y escuchaba muy atento, sin tomar notas. Y en la tarde, cuando venía el discurso, nadie decía “ahora va a hablar el compañero Fidel”. No, él fabricaba una escena. Se sentaba a cierta altura, en alguna escalera, muy casual, casi recostado, y se ponía a conversar bajito con alguien que estaba abajo. Entonces los que estaban más atrás se acercaban a parar la oreja, y él de repente le hablaba a otro que estaba más allá, y así, lentamente, el radio de comunicación se empezaba a ampliar... ¡una escena muy estudiada! Para crear interés en él sólo por la fuerza de la curiosidad. Y no les hablaba del marxismo en abstracto. En un campamento minero, por ejemplo, les preguntó: “¿Y a ustedes qué deporte les gus-

² Solo para efectos prácticos de exposición, quisiera restarme de la discusión sobre el culto a la personalidad, que ciertamente es un fenómeno también de izquierda, y que es un culto a la imagen, artificial, impersonal, mediatizado, expuesto en un discurso para las masas, etc., pero quiero ponerle atención a un aspecto previo a la imagen, o incluso sin la cual no habría imagen. Por eso me gusta citar lo que vio el fotógrafo y que no sale en la foto_

ta?”. “El fútbol, compañero”. “Ah, el fútbol. ¿Y son buenos?”. “Más o menos, porque nos gana Iquique”. “Ah, ¿y por qué les gana Iquique? ¿Será que ellos comen pescado y esa proteína les da más fuerza para aguantar los 90 minutos?”. “¡Sí, tiene razón, porque nosotros nos cansamos!”. Y ahí empezaba a desarrollar las ideas de la alimentación, y que entonces había que aumentar la producción para tener excedentes y comprar camiones frigoríficos que trajeran pescado de la costa, para que le ganaran a Iquique. Por eso lo podían escuchar cuatro horas. Pero evidentemente, a Fidel se le pasó la mano con su visita.”

Y más encima aprovechaba de hacer educación marxista. Era un modelo muy bien armado.

Del carisma al populismo

En el antiguo espacio político –la vida política con cuerpo– podríamos decir que el sensualismo fue el pecado o la tara de la izquierda. Con discursos que movilizaban una emocionalidad pasada para la punta, que hace perder el foco y luego llegan los frenazos del tipo “realismo sin renuncia”. Es el gran peligro del líder carismático, de abusar de las utopías o de la moral o de los mártires para engatusar a la multitud. El líder carismático es, por definición, emocional.³

Y luego llega la Realidad y todo termina mal.

Dos reflexiones finales.

No cabe duda de que la figura del líder carismático en la izquierda está a la baja. Tal vez porque la izquierda está a la baja, o porque los liderazgos no son capaces de proponer contenidos para tener algo a qué ponerle carisma, ¿no?

Habría que preguntarse si esa figura se perdió completamente, o qué queda de ella, dónde se la puede ver funcionando. ¿Quedan bolsones de eso? ¿En qué consisten? ¿Cuáles son sus necesidades?⁴

³ Es relevante mencionar la consolidación de liderazgos carismáticos en ciertos sectores de la sociedad, en el marco de la red iglesias evangélicas, y particularmente en la sociedad mapuche y sectores de clase baja que han ascendido socioeconómicamente y crecido demográficamente.

⁴ Esto en todo caso ya no es necesariamente de izquierda. Ver libro *Cuba viaje al final de la revolución*, el contraste entre Obama y Fidel, a propósito de su viaje a la isla en marzo de 2016 (pp. 231-251).

Y lo segundo es que emerge con mucha fuerza el –por llamarlo de algún modo– “líder populista” (Trump, Bolsonaro, Kast), los movilizadores del odio, del miedo, del deseo de que al otro no le vaya bien. En fin. El resentimiento de quienes no son víctimas de nada pero que viven en una permanente insatisfacción. Estoy exagerando un poco la imagen a propósito, para mostrar que ese tipo de actitudes son bastante compatibles con ciertos usos de las redes sociales, y particularmente en la movilización de votantes, cada día más volátiles e incorpóreos. No son políticos, pero sus decisiones tienen consecuencias políticas graves, como es el caso de Bolsonaro, un desconocido que crea una imagen de sí mismo de salvador de todos los males y a los dos meses de gobierno su apoyo popular se desploma y ya se habla en Brasil de remplazarlo.